

## XCIII.

Sentado en un montón de húmeda arena,  
 extraño á la faena  
 ocultaba su rostro entre las manos,  
 mostrando sólo en su actitud doliente  
 la ancha y curtida frente  
 orlada á trechos de cabellos canos.

## XCIV.

Cual no maduro fruto, que la helada  
 malogra, su hija amada  
 cayó marchita al soplo de la muerte,  
 y se le sale, sin sentir, del pecho  
 el corazón deshecho,  
 en las acerbos lágrimas que vierte.

## XCV.

Quién ha sufrido la mortal congoja  
 que, sin piedad, deshoja  
 como agostada flor nuestra ventura  
 en ese instante de terrible prueba,  
 en que voraz se lleva  
 parte de nuestro sér, la sepultura;

## XCVI.

cuando con lenta gradación se apaga  
 la luz dudosa y vaga  
 que colora la faz del moribundo,  
 ¡ay! y á mellida que en sus ojos crece  
 la sombra, nos parece  
 que va cayendo en lobreguez el mundo;

## XCVII.

cuando vencidos en estéril lucha,  
 nuestra impotencia escucha  
 el tremendo estertor de la agonía,  
 y con angustia alborotada y loca  
 posamos nuestra boca  
 sobre otra boca descompuesta y fría,

## XCVIII.

casi cerrada en su letal reposo  
 al ritmo fatigoso  
 que el pecho cadavérico le presta,  
 y que ya de la muerte bajo el peso,  
 ni al anhelante beso,  
 ni al tierno abrazo, ni á la voz contesta;

## XCIX.

cuando aún tibios los míseros despojos,  
 vemos con turbios ojos  
 toda nuestra ilusión desvanecida,  
 y en medio del pesar que nos destroza,  
 sentimos cuál se goza  
 traidor recuerdo en encontrar la herida;

## C.

cuando envuelto en su fúnebre mortaja,  
 negra y medrosa caja  
 al bien amado para siempre encierra,  
 y siente el corazón despavorido  
 el ruido, el sordo ruido  
 que hace al cubrir el féretro la tierra:

## CI.

¡ay! quien tenga grabada en su memoria  
 esa trágica historia,  
 sin cesar repetida y siempre nueva,  
 verá, evocando su dolor pasado,  
 el dardo envenenado  
 que el triste padre en sus entrañas lleva.

## CII.

Al verle presa de aficción tan viva,  
 con frase compasiva  
 le interrogó Miguel franco y abierto.  
 Alzó el viejo la faz desencajada,  
 y con voz desmayada,  
 —¿No sabes?—sollozó—¡mi Juana ha muerto!—

## CIII.

El sentimiento concentrado es mudo,  
 mientras un choque rudo  
 no sacude el marasmo que le embota,  
 porque entonces el ansia comprimida,  
 como por ancha herida  
 la hirviente sangre, atropellada brota.

## CIV.

Y cuando el corazón rompe su valla,  
 en el dolor que estalla  
 se mezclan y amalgaman con espanto,  
 como fundidos por el mismo fuego,  
 la imprecación y el ruego,  
 y el gemido, y la cólera, y el llanto.

## CV.

Tal la voz de Miguel, blanda y serena,  
 exasperó la pena  
 que al tosco anciano le apretaba el cuello,  
 y exaltándose al cabo poco á poco,  
 con la rabia de un loco  
 maldiciendo y mesándose el cabello,

## CVI.

—¡ay!—de pronto exclamó con ceño adusto:—  
 ¡Mentira! Dios no es justo  
 cuando se goza en aumentar mi cuita.  
 Tienen en buena paz muchos bribones  
 tierras, barcos, millones...  
 ¡yo, una pobre muchacha... y me la quita!

## CVII.

¿Qué mal hacía la infeliz doncella?  
 ¿Cómo vivir sin ella?...—  
 Y se apagó la voz en su garganta.  
 —Mas sin justicia ni razón me quejo,—  
 gimió el honrado viejo:  
 —¡No nació para el mundo! ¡Era una santa!—

## CVIII.

Miguel, tendiendo al afligido anciano  
 la encallecida mano,  
 —vuelve á casa—le dijo—y llora y reza  
 junto á la amada prenda que perdiste.  
 —¡No!—contestóle el triste,  
 moviendo gravemente la cabeza.

## CIX.

—Aunque me falta el sol de la alegría,  
 conservo todavía,  
 gracias á Dios, mi voluntad de hierro.  
 ¿Por qué te he de mentir, si eres mi amigo?  
 Saldré á la mar contigo.  
 ¡Necesito el jornal para su entierro!

## CX.

Quiero comprarle, si tenemos suerte,  
 las galas de la muerte:  
 una cruz, un sudario y una palma.—  
 Guardó breve silencio el desdichado,  
 y luégo desolado  
 clamó con bronco acento:—¡Hija del alma!—

## CXI.

Su misma voz, que reprimir no pudo,  
 como puñal agudo  
 clavósele en el pecho, y tan activa  
 creció en su corazón la angustia fiera,  
 cual la insaciable hoguera,  
 que cuanto más devora, más se aviva.

## CXII.

Enternecido ante infortunio tanto,  
 y conteniendo el llanto  
 Miguel le respondió:—Tu pobre Juana  
 tendrá lo que tu anhelo solicita:  
 la humilde cruz bendita,  
 la palma virgen y el sayal de lana.

## CXIII.

Pero vuelve á tu hogar, porque no quiero  
 que un bravo compañero  
 á su propio tormento contribuya.  
 No serás, si te niegas, buen amigo,  
 y atiende á lo que digo:  
 hoy pesco para tí. ¡Mi parte es tuya!—

## CXIV.

Cayó, cual dulce bálsamo, la oferta  
 sobre la herida abierta  
 del triste anciano, y mitigó su duelo  
 llanto reparador, tranquilo y suave.  
 Siempre para quien sabe  
 sentir, la gratitud es un consuelo.

## CXV.

—¡Que Dios te colme de mercedes, hijo!—  
 con blando acento dijo,  
 las lágrimas secando en su mejilla.  
 Miguel, para ocultar su sentimiento,  
 ligero como el viento  
 á la barca saltó desde la orilla.

## CXVI.

Toda su gente al tráfago dispuesta,  
 con ansia manifiesta  
 esperaba no más la voz de mando.  
 Dióla el patrón; y con vigor supremo,  
 el resistente remo  
 en las arenas de la playa hincando,

## CXVII.

puso á flote la lancha embarrancada,  
 que lenta y sosegada  
 siguió después por la canal angosta,  
 única vía, franca y descubierta,  
 entre la barra incierta  
 y las tajadas peñas de la costa.

## CXVIII.

La roca, á modo de ciclópeo muro,  
 inabordable, oscuro,  
 desde la playa misma se adelanta,  
 hasta la punta del siniestro Cabo  
 do el mar potente y bravo  
 con sorda intermitencia se quebranta.

## CXIX.

Varias cruces sencillas de madera,  
 en pavorosa hilera  
 resaltan del peñón de trecho en trecho,  
 señalando en el áspero arrecife,  
 el sitio en que un esquife  
 quedó, á los golpes de la mar, deshecho.

## CXX.

Recuerda cada cruz alguna escena  
 de horror y espanto llena  
 Más de un pobre marino halló su fosa,  
 entre el medroso y formidable estruendo  
 de la borrasca, oyendo  
 los desolados ayes de su esposa.

## CXXI.

Donde la punta del peñón termina,  
 por mísera y mezquina  
 pudiérase decir que el mar desdenea,  
 aunque á veces su presa le disputa,  
 una abrigada gruta  
 labrada por las olas en la peña.

## CXXII.

Gratas para las lanchas pescadoras  
 las apacibles horas  
 trascurren sin sentir. Con los reflejos  
 de la luz que en las aguas reverbera,  
 el mar, como si fuera  
 de inflamado metal, brilla á lo lejos.

## CXXIII.

Miguel desde la popa de su barca,  
 con la mirada abarca  
 el golfo en que indolente se aventura.  
 Está á sus piés sumiso y reposado  
 como león cansado,  
 y la atmósfera azul, diáfana y pura.

## CXXIV.

Lánguida brisa, replegando el ala,  
 mansamente resbala  
 sin conmover el piélago sereno,  
 como el aliento sosegado y leve,  
 que apenas alza y mueve  
 de una virgen dormida el casto seno.

## CXXV.

El barco, al apartarse de la playa,  
 como argentada raya  
 deja en las ondas su espumosa estela,  
 y al avanzar con suave balanceo,  
 va como si el deseo  
 le sirviese de estímulo y de vela.

## CXXVI.

Del tiempo, más que del trabajo, avara,  
 la gente se prepara,  
 el remo suelta, y su esperanza funda  
 en la corriente azul del Oceano,  
 como el dolor humano,  
 amarga, sí, pero también fecunda.

## CXXVII.

Tres veces por el ámbito marino  
 con provechoso tino  
 tiende la fuerte red, y las tres veces  
 al recogerla, abillantó su trama,  
 la refulgente escama  
 que en vívido montón lucen los peces.

## CXXVIII.

—¡Te lo anuncié, Miguel! Ya ves si acierto.—  
 Dice alegre Roberto,  
 mientras que sujetando por la agalla  
 con diligente mano desenreda,  
 al pez, que preso queda  
 en los hilos nudosos de la malla.

## CXXIX.

Y con aire triunfal alzando á pulso  
 un sollo, que convulso  
 entre sus férreos dedos se torcía,  
 regocijado exclama:—¡Brava presa!  
 No se pone en la mesa  
 del rey, cosa mejor. ¡Este es gran día!—

## CXXX.

El sol empieza á declinar. La gente  
 á medida que siente  
 su ganancia crecer, redobla el celo,  
 y sin cejar un punto en su tarea,  
 quién en la red se emplea,  
 quién, sentado en la borda, echa un anzuelo,

## CXXXI.

quién al enorme pez, que agonizante  
 colea, en un instante  
 con implacable actividad remata;  
 y de la pesca el acre olor parece  
 que alienta y fortalece  
 al marinero en su existencia ingrata.

## CXXXII.

A poco, tenue y vaporoso velo  
 fué enturbiando del cielo  
 la limpia claridad. Oscura nube  
 desde el confín remoto se avecina,  
 sorbiendo la neblina  
 que de las ondas impalpable sube.

## CXXXIII.

A medida que llega va aumentando:  
 el mar plácido y blando  
 por momentos se encrespa y alborota,  
 Estremécese el viento, antes dormido,  
 y hácia el agreste nido  
 tiende el medroso vuelo la gaviota.

## CXXXIV.

De improviso una racha fugitiva  
 del oleaje aviva  
 el ímpetu naciente. Las espesas  
 nubes marchan en giro apresurado,  
 y al fin rompe el nublado  
 en gotas tan escasas como gruesas.

## CXXXV.

—¡Hum!—exclama frunciendo el entrecejo  
 un pescador ya viejo:  
 —¡El tiempo muda, la borrasca avanza!—  
 Y otro añade después:—Se aguló la fiesta!—  
 —¡Ah, cobardes!—contesta  
 Miguel en tono de amistosa chanza:

## CXXXVI.

—¿Os asusta una nube de verano?—  
 —¡Sí!—responde el anciano.  
 —¡La galerna está encima!—No discuto—  
 le interrumpe el patrón.—Mas Juana ha muerto,  
 y yo no vuelvo al puerto  
 si no llevo á su padre para el luto.—

## CXXXVII.

Y la pesca siguió con mayor brío,  
 sin que del mar bravío  
 la sorda turbación los contuviera.  
 Pues ¿quién fuerza al lebrél cuando en la pista  
 la ansiada res avista,  
 á pararse en mitad de su carrera?

## CXXXVIII.

Mas de golpe la lluvia se desata  
 cual rauda catarata;  
 el huracán sus ráfagas sacude  
 como un corcel la crin; al llamamiento  
 del alterado viento,  
 la ola, bramando de furor, acude.

## CXXXIX.

Y se empeña otra vez con recio embate,  
 el eterno combate  
 que presencian los siglos confundidos,  
 en que después de trágicos horrores,  
 los fieros gladiadores  
 ceden cansados, pero no vencidos.

## CXL.

Quédase muda de estupor la gente.  
 Negra, inmensa, rugiente  
 rueda la tempestad: con ciego empuje  
 cual fogoso bridón que se desboca,  
 la ola adelanta, choca,  
 contra la barca, retrocede y ruge.

## CXLI.

—¡Hola!—grita Miguel.—¡Cortad la cuerda,  
aunque la red se pierda!  
Aún habrá tiempo de llegar al faro.  
¡Ánimo, chicos! y forzad los remos,  
que pronto arribaremos,  
¡La santa Virgen nos dará su amparo!

## CXLII.

El endeble timón Miguel aferra,  
y á la cercana tierra  
dirige el rumbo como buen marino,  
mientras la gente, ante el peligro absorta,  
con ágil remo corta  
la indócil ola, abriéndose camino.

## CXLIII.

Como acosado por la voz del trueno,  
el mar su turbio seno  
con resonante convulsión agita;  
cual irritada fiera el lomo enarca  
y hácia la frágil barca  
sus gigantescas olas precipita.

## CXLIV.

A merced de la mar arrolladora,  
la lancha pescadora  
los golpes sufre, pero no desmaya.  
Y los vecinos del lugar, en tanto,  
vuelan llenos de espanto,  
en confuso tropel hácia la playa.

## CXLV.

Mozos, ancianos, niños y mujeres,  
imploran por los seres  
que amenaza el furor del mar sombrío,  
y ardientes quejas, alteradas voces  
revueltas y veloces,  
pueblan el aire en ronco griterío.

## CXLVI.

Luégo el tropel desordenado y vario  
invade el santuario  
que la escarpada cúspide corona,  
donde al pie del altar, una y cien veces  
con dolorosas preces,  
pide auxilio á su célica Patrona.

## CLXVII.

Joven esposa sus cabellos mesa,  
 otra, en silencio besa  
 desesperada á un párvulo inocente,  
 un débil niño en su pueril despecho,  
 golpeándose el pecho,  
 en el polvo del templo hunde su frente,

## CLXVIII.

otro ofrece á la Virgen con devoto  
 fervor, sencillo voto;  
 y del concurso general, movido  
 por el temor, la angustia y el deseo,  
 el alto clamoreo,  
 ¡ay! más que una oración, es un gemido.

## CLXIX.

En el lugar más arduo de la costa,  
 hácia la boca angosta  
 del canal, siempre al marinero aciaga,  
 bulle otra multitud, dando á los vientos  
 sus ayes y lamentos,  
 que el recio son del temporal apaga.

1020114359

## CL.

Pintándose en su faz el extravío,  
 por medio del gentío,  
 la madre de Miguel, como una sombra,  
 se mueve sin cesar. Corre, pregunta,  
 reza, las manos junta,  
 y al hijo amado, inconsolable nombra.

## CLI.

Rosa trémula y muda la acompaña;  
 copioso llanto baña  
 sus claros ojos que oscurece el duelo.  
 Tiene el lívido rostro de una muerta,  
 y la razón cubierta  
 de tormentosas nubes como el cielo.

## CLII.

Todos enternecidos la abren paso  
 ¿Conocerán acaso  
 la noticia fatal? La incertidumbre  
 de Rosa, surge á tan horrible idea,  
 y con terror pasea  
 su vista por la absorta muchedumbre.

## CLIII.

Aquel silencio lúgubre la mata.

Frenética, insensata

á una amiga se acerca:—¿Dónde, dónde  
está Miguel? ¡Ten lástima!—solloza.

La sorprendida moza  
mírala estuperfecta, y no responde.

## CLIV.

—¡Ha muerto!—añade acongojada.—¡Ha muerto!—

Pero un marino experto  
en los trances del mar, compadecido  
de la atroz inquietud que la enajena,  
para templar su pena  
dícele con amor:—¡Cobra el sentido!

## CLV.

¿A qué viene apurarse de esa suerte?  
¿Qué sacas con ponerte  
en el último extremo? Cuando tarda  
la barca en presentarse, conjeturo  
que ya en lugar seguro,  
tan sólo el fin del temporal aguarda.

## CLVI.

¡Ea! Enjuga tus lágrimas: no llores,  
porque riesgos mayores

ha vencido Miguel, que es tan resuelto.—

—Mas ¿le viste volver?—pregunta Rosa  
turbada y anhelosa,  
y le contesta el pescador:—No ha vuelto.—

## CLVII.

Entonces trepa á la escarpada cima,  
al borde se aproxima  
del saliente peñón, como una idiota,  
y expuesta á peligroso paroxismo,  
avanza hácia el abismo  
la descompuesta faz, que el viento azota.

## CLVIII.

En medio del pesar que la anonada,  
la atónita mirada  
hunde en la inmensidad, y es su porfía  
tan profunda y tenaz, que si pudiera,  
la mar rebelde y fiera  
con sus ávidos ojos sorbería.

## CLIX.

¡Ay! ¡si lograrse traspasar la bruma!...  
 ¡Si entre la blanca espuma  
 viese al mortal por quien suspira y ruega!...  
 Cuando divisa un barco en lontananza,  
 renace su esperanza  
 y clama, llena de ansiedad:—¡Ya llega!—

## CLX.

¡Estéril impaciencia! ¡Vano empeño!  
 ¿En dónde está su dueño  
 que no acude á su voz? ¿Por qué no viene?  
 Su amante madre la acaricia y calma.  
 ¡Compadece al alma  
 que da consuelos ¡ay! y no los tiene!

## CLXI.

Allá en la playa un grupo generoso,  
 sin tregua ni reposo  
 anuda cuerdas y apareja un bote,  
 sometido al mandato soberano  
 de respetado anciano,  
 mezcla de marinero y sacerdote.

## CLXII.

Viril arrojo en sus pupilas arde  
 sin ostentoso alarde,  
 y aunque á los años la cerviz inclina,  
 presta un vigor á su cabeza cana  
 la fortaleza humana,  
 templada al fuego de la fe divina.

## CLXIII.

Al cabo por la estrecha cortadura,  
 luchando á la ventura  
 con el viento y las olas, impelida  
 por la borrasca hácia el difícil paso,  
 en donde puede acaso  
 quedar á salvo ó perecer hundida,

## CLXIV.

entre el fragor que por momentos crece,  
 intrépida aparece  
 la barca de Miguel; pero ¡en qué estado!  
 Cual gladiador que tras inútil prueba  
 huye vencido, lleva  
 cien heridas de muerte en su costado.

## CLXV.

Resistiendo la cólera salvaje  
 del soberbio oleaje,  
 la gente fuerzas del peligro cobra;  
 y aunque la lancha, como leve pluma,  
 entre montes de espuma  
 parece á cada instante que zozobra,

## CLXVI.

cien veces con impávido heroísmo,  
 resurte del abismo  
 obediente á la mano que la guía.  
 Ninguna voz en su interior se escucha,  
 que el riesgo de la lucha  
 tiene una majestad muda y sombría.

## CLXVII.

¡Oh! ¡van á perecer!—¿Queréis seguirme?—  
 Con voz entera y firme  
 pregunta el cura.—¡Á vuestro amor apelo!  
 Arrancaremos á la mar su presa,  
 y si en tan santa empresa  
 morimos, ¿qué es morir? ¡Ganar el cielo!—

## CLXVIII.

El religioso impulso que le mueve  
 su aliento dobla, leve  
 cual fornido mancebo, al bote salta.  
 El peligro conoce y no le esquiva:  
 pues ¿á quién, si arde viva  
 la fe en su pecho, el ánimo le falta?

## CLXIX.

Todos se aprestan á seguir su suerte,  
 que aquel combate á muerte  
 de generosa emulación los llena.  
 ¡Oh humanidad, tan pronta al sacrificio,  
 podrá mancharte el vicio  
 y ofuscarte el error; pero eres buena!

## CLXX.

El bote listo ya, con seis remeros  
 hábiles y ligeros,  
 abrirse paso hácia el canal ensaya.  
 ¡Vana ilusión! ¡La mar embravecida  
 con fuerte sacudida,  
 pedazos hecho le arrojó á la playa.

## CLXXI.

—¡Señor! Tus altos juicios no escudriño!—  
 llorando como un niño,  
 gimió en su angustia el viejo venerable.  
 —Pero no hay tiempo que perder. ¡Subamos,  
 hijos! Tal vez podamos  
 desde el mismo peñón echar un cable.—

## CLXXII.

Respondiendo á su voz, según costumbre,  
 á la empinada cumbre  
 el grupo corre, y con empeño lanza  
 el recio cabo á la corriente ciega;  
 mas ¡ay! que nunca llega  
 al náufrago batel. ¡No hay esperanza!

## CLXXIII.

¡No hay esperanza! El cura consternado  
 increpa al mar airado.  
 Sin freno alguno que su empuje venza,  
 la tempestad incontrastable brama,  
 Y el noble anciano exclama:  
 —¡Hijos míos! ¡Yo acabo, y Dios comienza!—

## CLXXIV.

¡No hay esperanza! Y la barquilla aún flota  
 desgobernada y rota.  
 Aún los pobres remeros, más audaces  
 cuanto más la borrasca se acrecienta,  
 lidian con la tormenta  
 desesperados, sí, pero tenaces.

## CLXXV.

¿Dónde tender la salvadora amarra?  
 ¿Cómo cruzar la barra  
 que el paso cierra del canal estrecho,  
 si ya tiene la barca pescadora,  
 quebrantada la prora,  
 el casco hendido y el timón deshecho?

## CLXXVI.

El avariento mar la presa ansía.  
 ¡Ya es tuya! Todavía,  
 resistiendo en los frágiles despojos  
 del roto barco, en su ansiedad suprema,  
 la gente rema, rema,  
 rema, y nublan las lágrimas sus ojos.

## CLXXVII.

¿Qué busca? ¿A dónde va? ¿Por qué se afana?

Su resistencia es vana.

¡Ay! la esperanza al corazón se aferra

en los casos adversos é infelices,

aún más que las raíces

á las duras entrañas de la tierra.

## CLXXVIII.

—¡Juán, lárgame una estacha!—grita el bravo

Miguel,—y por un cabo

átala pronto y bien, que si consigo

con el otro nadar hasta la orilla,

podrá nuestra barquilla

en la gruta del faro hallar abrigo.—

## LCXXIX.

Dobló la frente oscurecida y grave.

¿En qué pensaba? ¿Cabe

dudarlo un punto? En el edén perdido,

en su infeliz mujer, en el risueño

ángel, que vió en un sueño,

huérfano ¡ay triste! aun antes de nacido.

## CLXXX.

De pronto grita Juán:—¡Ahí va la estacha!—

Miguel la frente agacha

para esquivar el golpe; mas Roberto,

cogiéndola en el aire de improviso,

prorrumpe:—No es preciso:

yo llegaré á la costa, vivo ó muerto.—

## CLXXXI.

La pasión que alimenta su ternura,

y en él, como la pura

lámpara de un altar, arde escondida,

le inspiró, en su postrera llamarada,

ofrecer á su amada

no sólo el corazón, sino la vida.

## CLXXXII.

De su mojado traje se desnuda,

y á su cintura anuda

la retorcida cuerda. Intenta en vano

resistirse Miguel en son de queja,

y se obstina, y forceja,

y arráncarsela quiere de la mano,

## CLXXXIII.

—¡Quita!—Roberto exclama:—¡Si en un credo  
 ganar la costa puedo!  
 ¡Es inútil que chilles: no te escucho!  
 Esto sería asesinar á Rosa.—  
 Y con voz temblorosa  
 dice, saltando al mar:—¡Quiérela mucho!—

## CLXXXIV.

Hacia el negro peñón el rumbo guía,  
 y sin temor confía  
 á sus robustos brazos su defensa.  
 Pero de pronto, en turbio remolino,  
 á trastornarle vino  
 ola veloz, arrolladora, inmensa.

## CLXXXV.

Sobre su frente de improviso estalla,  
 y en desigual batalla  
 le revuelca, le arrastra y le sofoca.  
 Desaparece el desdichado, juega  
 la onda con él, y ciega  
 le estrella al fin contra la enorme roca.

## CLXXXVI.

Ante aquel espectáculo de muerte,  
 desencajada, inerte,  
 de pié sobre la mole de granito  
 que sacude la mar tempestuosa,  
 lanzó de pronto Rosa  
 un grito aterrador. ¡Qué horrible grito!

## CLXXXVII.

El ¡ay! desgarrador, como una espada,  
 de quien no espera nada;  
 ¡ay! que del corazón en lo más hondo  
 las heces amarguísimas remueve  
 del cáliz en que bebe  
 la humanidad, para el dolor sin fondo.

## CLXXXVIII.

Cual miés que cede al ímpetu del viento,  
 convulsa, sin aliento,  
 levantando sus manos, ya inactivas,  
 la humilde multitud se postra en tierra,  
 y con fervor que aterra  
 eleva á Dios sus preces afflictivas.

## CLXXXIX.

¡Oh momento solemne! Austero y triste  
 la majestad reviste  
 de su augusta misión el sacro anciano,  
 y humedeciendo el llanto sus mejillas,  
 se dobla de rodillas  
 ante la inmensidad del Oceano.

## CXC.

Su mano extiende trémula y cansada,  
 levanta la mirada  
 á la celeste bóveda, testigo  
 mudo de tanto horror, y con acento  
 parecido á un lamento:  
 ¡Hijos!—grita.—¡Os absuelvo y os bendigo!—

## CXCI.

¿Qué vió después la multitud? Ver pudo  
 el cielo siempre mudo,  
 desierto el mar, la barca destruida,  
 y una hermosa mujer, rígida y yerta,  
 lo mismo que una muerta,  
 en el estéril peñascal tendida.

## CXCII.

Un año ha trascurrido. La alta cumbre  
 con su postrera lumbre  
 baña fúlgido sol desde el ocaso,  
 y en hora tal de paz y de misterio,  
 al santo cementerio  
 una débil mujer dirige el paso.

## CXCIII.

¡Cuán sola está, cuán pobre, cuán cambiada!  
 Rosa de pronto ajada  
 en mitad de su alegre primavera,  
 bajo el vivaz recuerdo que la excita,  
 aquella flor marchita  
 ni sombra es ya de lo que entonces fuera!

## CXCIV.

Abraza y besa con febril cariño,  
 á un escuálido niño  
 nacido entre miserias y trabajos.  
 El hatillo de príncipe, que un día  
 soñó la fantasía  
 del infeliz Miguel, era de andrajos.

## CXC.V.

Recrudeciendo el duelo que la enerva,  
 entre la fresca hierba  
 dós fosas busca, se prosterna y ora.  
 Y cobrando calor de un seno amante,  
 el desvalido infante  
 sus manecitas mueve, y también llora.

## CXC.VI.

¡Ay! ¿Podrá ser que el leño de la selva  
 á engalanarse vuelva?  
 ¿Renovará sus cánticos el ave  
 que dejó la borrasca, herida y muda?  
 ¿La infortunada viuda  
 olvidará algún día? ¡Dios lo sabe!

## CXC.VII.

Todo lo gasta y borra el tiempo ingrato:  
 el ardiente arrebato  
 del amor, la ilusión que se deshoja,  
 la fe que espira, el gozo y el tormento,  
 que el hondo pensamiento,  
 como el mar, sus cadáveres arroja.

## CXC.VIII.

Mas cuando alguno en nuestra mente queda,  
 cuando tenaz se enreda  
 al débil corazón, y en él dilata  
 su raíz, como hiedra trepadora,  
 entonces nos devora,  
 porque el triste recuerdo, ó muere ó mata.

FIN.